

«Ya no nos contentamos con panoramas de adoquines y tranvías eléctricos; queremos tierras y mar, cosas difíciles, y no nos importan los sacrificios».
(Pilar. En Zamora, el 5 de Enero del III Año Triunfal).

Durante unos breves minutos de descanso en sus lecciones a las Regidoras Provinciales de la Hermandad de la Ciudad y el Campo, hemos hablado sobre artesanía y sobre España con el camarada Jacinto Alcántara, Delegado Nacional de Arte de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S. y Director de los Servicios de Artesanado en el Ministerio de Organización y Acción Sindical.

Palpita mansamente la salita —tibia de luz de una pantalla moderna— de este lindo chalet malagueño donde, a orillas del Mar Nuestro, van desarrollándose los cursillos diversos de la Escuela Nacional de Jerarquías Femeninas; y las palabras entusiastas del joven Director de la famosa Escuela de Cerámica madrileña —fundada por su padre— inflaman sus bellos sueños sobre el apagado rumor de las muchachas que en la habitación contigua discuten sus estudios, como una brillante pirotecnia que alzase castillos polícromos sobre lejano rumor de mar.

—El pueblo español es eminentemente artista; hay sobre todo en las mujeres una vocación irresistible, que se extiende desde el dibujo del refajo y las sayas del traje popular, hasta los adornos y los utensilios de la casa. La misión de los Servicios del Artesanado es recoger esa tradición, imprimirla impulso y desarrollo donde lleve una vida desmedrada y hacerla resurgir donde amenace muerte o haya llegado a su extinción.

(Jacinto Alcántara, como un Don Quijote de españolísimo ideal, ha recorrido las tierras de España en diligencia o a lomos de caballería, para ir en busca de la familia artista a la que conocía por su cargo madrileño, y le ha excitado a cobrar nueva afición a lo que hace por gusto, estimulándose como medio lucrativo de ganar el pan; ha espoleado la memoria de las ancianas, allí donde una preciosa tradición de artesanía feneció, para que reviva con el nuevo interés de laborar para una España que al fin sabe comprender al pueblo, a esa cosa despreciada, fundamental, sólida y definitiva de la nación).

—En los más apartados caseríos, al ver manos rudas y callosas que se han endurecido y deformado sobre la manquera del arado, nos parece increíble que sean las manos que luego, durante horas de velada hogareña, puedan llevar a ejecución filigranas de una belleza que causa emoción profunda. A esa belleza, es el Estado quien,



EL ARTESANADO ESPAÑOL

y la
Falange Femenina



debe asumir la obligación de darle salida, procurarle exhibición y conocimiento, y abrirle campo comercial. Para eso es para lo que se ha creado el Museo Nacional del Artesanado, en Santander, con obras pedidas a 35 ó 40 familias que seguan trabajando en sus labores tradicionales, y otras tantas a las que se ha conseguido interesar para que hagan revivir los trabajos desaparecidos de sus antepasados. Pero junto a ese Museo Nacional, y a los otros museos que pudieran llamarse exposiciones muertas, funcionarán las «exposiciones vivas», los Museos-Tiendas, que existirán en distintas ciudades y cuya primordial misión consistirá en hacer fácil y asequible el mercado de las producciones elaboradas. Por ello se elegirá para su emplazamiento capitales muy concurridas por el turismo, porque el turista es un señor cómodo, a quien es preciso presentar las cosas cómodamente, en locales confortables y céntricos, porque así podrá agradarle lo que él sería incapaz de ir a buscar si hubiera de cabalgar 200 kilómetros en mulo para encontrarlo en su primitivo punto de elaboración.

(Yo pienso, mientras escucho los positivos argumentos de Jacinto Alcántara, en el cúmulo de pequeñas industrias domésticas y manuales que por esas provincias se sostienen de puro milagro y por especial esmero artístico de un puñado de artesanos humildes, o que se han extinguido dejando tan sólo unas muestras venerables e inimitables como pudiera ser el busto íbero de la Dama de Elche. Por mi imaginación cruzan en exposición fugaz las labores de bordado en lana de Lagartera y las finas blondas de Almagro; las sayas bordadas con flores y las camisas de calados de la mujer manchega, y los trajes típicos y las monteras y collares de las alcaldesas segovianas; las cofias de encaje blanco, las mantelitas franjeadas de terciopelo, las chambras y justillos de cordones que saben preparar en el Bierzo, y las agujetas y joyeles, las lentejuelas y mucetas, y las bocamangas bordadas que hacen profusa y deslumbradora la indumentaria de los charros de Salamanca. En caravana vistosa y sugestiva de tipicisms regionales, por mi imaginación pasan los zagalejos de estameña de las palentinas, los jubones con botones afiligranados de los maragatos, la gorguera chesa de los valles aragoneses del Hecho y Ansó, o el calzón acampado y los zaragüelles de las huertas de Murcia; pasan el armador bajo, la mantilla de raso guarnecida y las arracadas de abalorio características de Levante, y los abultados refajos, las chambras de vivos matices los zapatos y las chaquetillas de Andalucía y Ex-

El camarada Jacinto Alcántara, Delegado Nacional de Arte de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S., paladín esforzado del Arte, explica a unas afiliadas a la Sección Femenina una lección del artesano de España.

